La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

						K	
		J			3		
			2		L		
		M					
							2
						N	

SOLUCION

J= Dama; K=Rey; L=Torre; M=Caballo; N= Alfil.

Número oculto

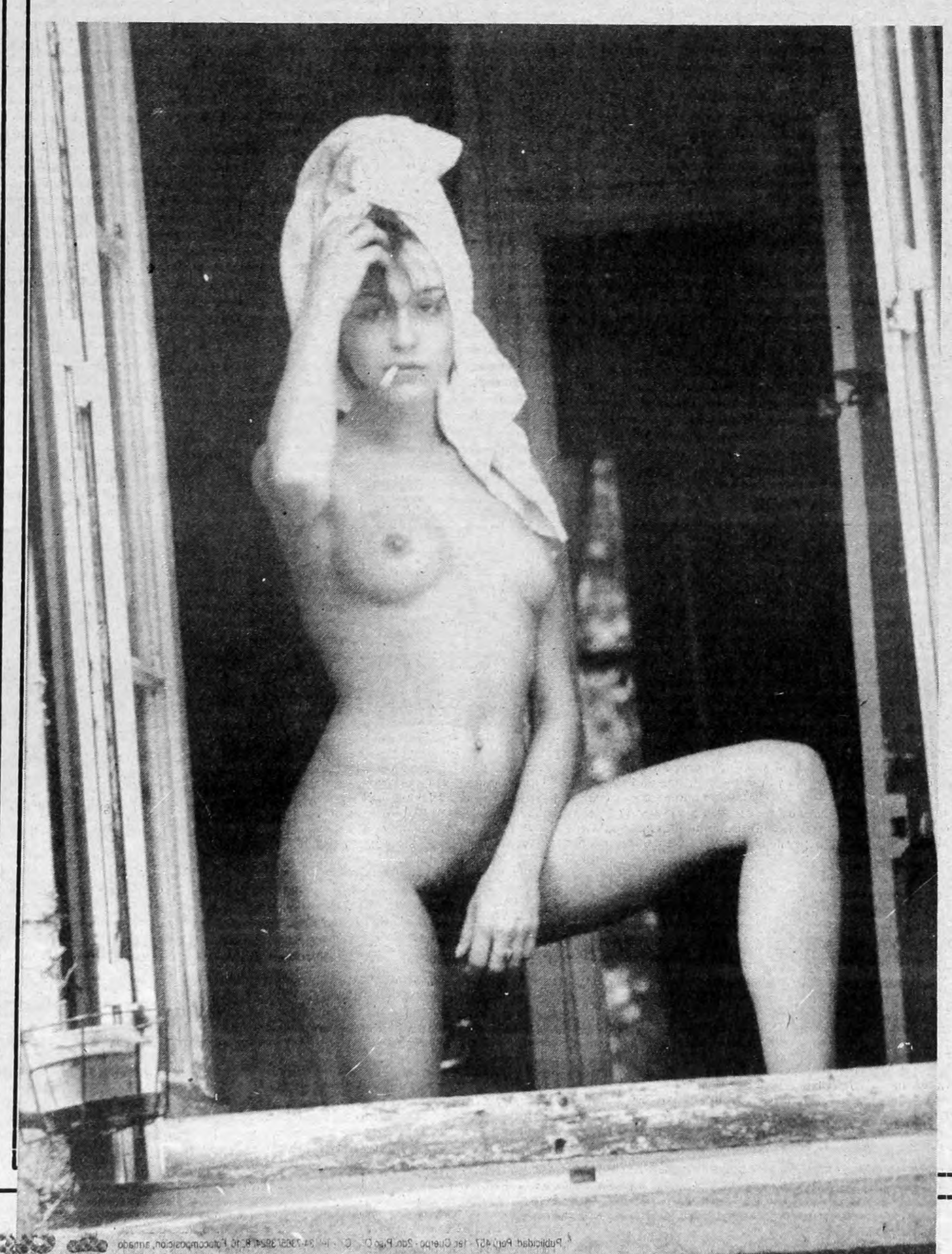
Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
1	8	4	3	0	1
2	6	4	5	1	1
9	1	0	6	1	0
1	0	8	5	0	1
1	7	3	0	1	1
8	7	9	3	1	0

SOLUCION 2704

Verano/12

LA REINA DE LAS CHICAS GUAPAS



(Por Marcos González Cezer) Al día siguiente de conocerla y mientras caminaban por una callejuela de Flores, le dijo: "En los bolsillos tengo unos australes". Silvia levantó la vista, sonrió y retrucó: "Yo también". Pasaron la noche en un hotel; dulce, salvaje, casi animal. Casi no hablaron. El Negro sólo dijo: "Tenés estrellas en tus ojos".

En la casa de Uruguay se estaba poniendo su bikini floreada. Se acercó y le dio un beso en los hombros. Su mano derecha empezó a acariciar sus pechos y vio cómo los pezones comenzaban a endurecerse. Con su otra mano dibujó círculos imaginarios en la cintura. Silvia vibró. La conocía, y mucho.

—Quiero treparte.

—Vos siempre tenés ganas de treparme —dijo ella y siguió peinándose como si nada.

Sabía que la licenciada en trabajo social, ayudante terapéutica y docente en la facultad, era mucho más que una chica hermosa y sensual. Era una mujer con los ovarios bien puestos; de esas que hoy ya casi no se encuentran. La conoció de casualidad y se enamoró como nunca. Por primera vez en su vida abrió cofres y tesoros escondidos y que proyectaba en función de dos. Era feliz, demasiado. Sólo pedía un poco más de tracción a sangre.

Chaplinesca, con toques de clown, poseedora de un humor y acidez fuera de lo común y curvas espeluznantes, Silvia quería pasar inadvertida. Pero eso era imposible para un hombre con sangre caliente. Mucha belleza en una sola persona: cara de modelo, ojos de gata, rasgos sumamente singulares, cuerpo firme y piernas larguísimas como lianas, la transformaban, sin dudas, en la reina de todas las chicas guapas. Las incipientes estrías y pocitos no la preocupaban. "Cuando sea más grande y me empiece a hacer historia me hago una lipoaspiración y listo", repetía siempre que salía el tema.

Esa noche hacía calor y quería acción. "Vení, dulce" y acarició el pelo de El Negro que ya estaba buceando entre sus piernas.

—Vení, vení, subí.

—¿Qué pasa hermosa?

—Quiero que me llenes.

Le fascinaba oírla gimotear. Se comieron. Durmieron. Despertó ahogado y la cabeza le estallaba. Los libros de Soriano, Dal Masetto y la camiseta de Nueva Chicago que le regaló para año nuevo tapizaban la alfombra. Decidió volver. Lloró y su amiga Ruth lo calmó entre sus hombros. A los días, Silvia regresó y decidió el fin. "Cuidate, Negro", escuchó.

Quebrado y angustiado, recorre las calles buscando esas estrellas en esos ojos de la reina de las chicas guapas. En el café se cruzó con El Gancho, El Turco y Facha. Lo miraron y a coro le dijeron: "No importa tigre, fue amor y con el tiempo esa tracción a sangre y afecto que tanto pedís va a volver". Levantó las cejas. La radio dejaba escuchar un rocanrol. Un nuevo partido había empezado.

Todos decían que la tía Franca hacía honor a su nombre porque jamás se guardaba lo que pensaba. Y que si se llegaba a morder la lengua caía fulminada al instante, envenenada. Pero lo que no decían era que no necesariamente por chismosa, sino por sincera.

Claro que me acuerdo. De todo me acuerdo. Siempre supe que fui su tía preferida, la que él más quiso. Desde ya, fue el hijo que no tuve. Y ahora que regresa, yo me alegro. Me alegra cualquier decisión suya y lo apoyo porque siempre estoy del lado de la libertad de elegir. A veces, es verdad, hay que tener el corazón endurecido para tomar ciertas decisiones. Lo sé bien. Así que bienvenido. Vuelva o no, siempre será bienvenido en mi corazón.

Pero él siempre tuvo debilidad conmigo. Durante estos años nos encontramos varias veces, en Nueva York y en Ciudad de México, porque yo fui la única que lo visitó, además de Alberto, claro, que vivió un tiempito en México con Rudi. Bueno, Ricardo también pasó por ahí. Creo que fui una buena compañera para Pedro, una buena amiga. "Más que tía una amiga", decía. Aunque soy bastante mayor que él, siempre salíamos juntos, al cine o al teatro, y nos pasábamos largas horas tomando cafés en innumerables esquinas. Paramos en todos los boliches de Santa Fe, de Córdoba, de Corrientes, hasta la madrugada, y también anduvimos por Insurgentes, y por Reforma, y por la Séptima Avenida, Broadway y el Village. Pedro lo ha escrito: "Ninguna de mis tías ha sido tan espléndida, tan vital, tan agudamente irónica como vos". Me gusta, eso. Nada de falsa modestia. Soy una cincuentona todavía activa, amante del rock nacional, enamorada de Litto Nebbia y también abonada a las veladas del Mozarteum, institución que sobre todo me interesa porque siempre van viudos, divorciados o solterones de esos que a una le pueden alegrar el ojo, por lo menos. Fumo mucho, dos paquetes por día, y no pienso dejar de hacerlo porque no hay mejor régimen para adelgazar que fumar como una bestia.

A Pedro le fascinan mis ojos oscuros, enormes. Y esta boca gruesa, carnosa, y mi porte: un metro setenta y dos, siempre elegante y todavía apetecible. No es fanfarronería, no crea, es una comprobación cotidiana. Todavía me dicen piropos. Y a mí me agrada escucharlos. Del mismo modo que me complace la cortesía de Pedro, esa que aprendió en estos años mexicanos, esa suavidad en el trato, esa variedad de detalles para tratarme: siempre dar el paso en las puertas, correr la silla, encender mis cigarrillos, servirme azúcar en el café, en fin; y ese modo que tiene de decir siempre por favor y gracias, y de pedir permiso. Posiblemente también me halaga el saber que en él cuento con un auditorio ansioso, que nunca termina de satisfacerse y siempre pide más y más charla. Me he preguntado muchas veces qué le pasa a este chico que no es que sea un gran conversador pero sí un gran inquisidor, sobre todo desde que está en México. En sus cartas no hace otra cosa que preguntar y querer saber y saber, como si nosotros fuéramos los Medicis o los Borgias, una familia que valiera la pena reconstruir y no la que somos: una cantidad de mujeres y pocos hombres nada ilustres, todos signados por muertes trágicas, nunca esclarecidas, y por una vieja loca, admirable, pero loca, que no se cansa de jodernos la vida cada vez que puede y que sabe perfectamente con quién puede y con quién no.

Yo he vivido varios años en el Chaco, también. Como Rosa, aunque no con ella, claro está. Fui invitada por Enrico cuando Enrico hizo fortuna con algunos negocios y el Chaco era un territorio feroz, sí, pero también fascinante. A él le encanta que le hable de eso porque yo fui a Resistencia cuando ellos eran chicos y Pedro acababa de nacer y Magdalena se puso tan mal con su último embarazo. Qué bestias: tenía cuarenta y un años. A mí me pareció una barbaridad que volviera a preñarse, pero el inconsciente de Enrico estaba agrandado y la Nona también jodía y todos creían que si el último había sido un varón ahora capaz que hacían doblete. Qué animales, y para lo que salió. Fue una barbaridad, pero yo entonces era demasiado joven y ya tenía suficientes problemas con Enrico y toda la familia porque andaba de novia con Hipólito Solares, qué hombre, ése sí que fue el amor de mi vida. Yo por él me hubiese quedado en el Chaco para toda la eternidad.

En esa época lo pasábamos sensacional. Las amigas de tu madre, como le digo a Pedro, eran la mar de divertidas. Me acuerdo de Tusnelda Cassalunga, de Dálida Stavenhagen, de Orlanda Winter, de Ileana Dávalos y de Alcirita Núñez del Barco. Todas mayores que yo, ojo. Llegaban todas las tardes de visita porque Magda estaba siempre embarazada. De entrada nomás Orlanda proponía: "Ché, si vamos a criticar, agarremos a una familia grande", y se largaba contra los Zarandegui, los Parchensky, los Sánchez Bailey, todas esas familias de gente rica que hay en el Chaco, lo que se dice la crema. Por ejemplo Doña Elvira Zarandegui fue la que una semana antes te soñó varón, grande y sano, le cuento a Pedro, y corrió a avisarle a tu viejo y Enrico la abrazó, la hizo bailar una tarantela y le prometió el madrinazgo.

Era fantástica la Elvira: tenía una hija, la Pachocha, que a los catorce años quedó embarazada y nadie se dio cuenta. No es chiste: la mocosa empezó a engordar pero como le dijo por comer muchísimo, a ninguno se le ocurrió que fuera más que una gula adolescente. Y menos iban a pensar que la nena tenía hombre propio, porque afilaba con un flaquito esmirriado y con cara de ratón que era apenas siete meses mayor que ella. Pero transcurridos los nueve meses, una noche la chica no pudo más y llamó a Elvira a su dormitorio en medio de gritos y contracciones. Y pujando, pujando, parió una nena bellísima de dos kilos novecientos que fue llamada Elvirita y que dejó a Elvira horrorizada porque en pocos minutos encontró la explicación de la gula adolescente y además se encontró abuela y en vísperas de un escándalo social, de modo que esa misma noche llamó al Caraderratón y en dos minutos arregló el casamiento para la semana siguiente, bebita en brazos y con la bendición de los curas salesianos. Para algo eran poderosos. Y hasta se dio el lujo de hacerse la chistosa la noche de la fiesta diciendo que a lo hecho, pecho, y entonces nena dale la teta a la Elvirita.

A Pedro nunca lo fatiga escuchar estas historias. Y aunque a usted le parezcan invenciones, le juro que todo es verídico, que nada de lo aquí contado es invento. Que me caiga muerta, le digo dando golpecito sobre la mesa de los cafés, y viera cómo los dos nos largamos a reír a carcajadas. El tiene una risa cristalina, refrigerante. Y dice que la mía es "formalmente perfecta" porque muestro todos mis dientes, que son espléndidos. Lo cual es verdad: están muy bien cuidados porque para eso he sido mecánica dental casi toda mi vida y ningún dentista me cobra. Fumo como un chimpancé y sin embargo mire esta dentadura: no tengo ni un gramo de sarro. Y no sólo no me cobran sino que siempre me atienden especialmente bien.

Sí, soy muy coqueta, pero es que tengo con qué. Yo a mi vida la he vivido. Bien vivida. Y sé contarla, cosa que no es común en esta familia en la que todos escamotean y engañan. Por eso me sacan el cuero. Y por eso Pedro me distingue. Y yo lo distingo a él porque tiene el coraje de preguntar, de atreverse a saber. A mí no me asustan los recuerdos y si a él le sirven para lo que quiere establecer, sea lo que sea, pues adelante. Lo importante de una historia, para mí, es la evocación misma. Lacan dice que el lenguaje no es para informar sino para evocar. Cómo lo tome cada uno, es cosa de cada uno. Ninguna historia, ninguna literatura, oral o escrita, tiene por qué ser útil para algo. El arte no sirve para nada y sin embargo es bello y necesario. Por mucho que conozcamos lo que creemos conocer, después lo narraremos de manera diversa de como los hechos fueron. Y no me parece mal. El desconocimiento de lo conocido no tiene límites. La misma Elvira Zarandegui, que era bruta como un salamín, a punto de morir rodeada por hijos y nietos cruzó todos los límites: estaba en cama semitapada por una variedad de tubos y plasmas, un respirador artificial y sueros y catéteres hasta en el culo, y a su alrededor todos entraban y salían para besarla y despedirse, pero la única que no se movía en la silla junto al lecho era la Pachocha. Estuvo ahí dos días seguidos, digna, firme, sobria, triste pero sin llorar, haciendo fuerza por su madre. Hasta que de pronto Elvira abrió los ojos y le hizo una seña a Magdalena, que era su íntima amiga. Y le habló al oído, ronca, susurrante, alzando el mentón hacia la Pachocha: "Magdalena —dijo— ¿qué hace esa mujer que está ahí sentada hace tanto tiempo?" La Pachocha se retiró indignada, dando un portazo y diciendo ahora que se muera me importa un carajo. Y como Elvira se murió enseguida después a la Pachocha le agarró una culpa bárbara.

Pedro siempre me pide que le cuente estas cosas. Es como si necesitara verificar lo que le dicen los demás (mis hermanas, las de él, incluso su hermano que es un verdadero fanático) para así reconocer los fantasmas de la familia, los mitos, los muertos, todo lo que le sirve para esclarecer las cosas que sueña. Peripatéticos, siempre hemos tenido itinerarios propios, a gusto: la avenida Córdoba desde la Nueve de Julio hasta Canning o Serrano; Barrio Norte por Arenales entre Libertad y Callao; Caballito por la zona del Parque Lezica o la calle Yerbal, el café de La Recova, en Belgrano. Siempre deteniéndonos en bares, disfrutando las noches del verano, tomándonos un helado, una ginebra, un coñac, un cafecito, sentándonos en las plazas. Habrá que ver qué opina ahora de las nuevas plazas de puro cemento que han hecho los milicos en estos años. Cada plaza una fortuna nueva: la del milico que la mandó a hacer.

Seguro que volverá a pedirme narraciones, y sabrá disimular su ansiedad cuando yo le hable de Hipólito, el hombre más importante de mi vida —el único importante, corrijo— que fue por quien me quedé en el Chaco. Un tipo de enorme ingenio y seducción, de esos que sacrifican la honradez y la verdad por una ironía que lo hará parecer genial, brillante, por un segundo, y que a la vez son propietarios de una mordacidad y un sentido de la anarquía y de la improvisación tan profundos, tan arraigados, que aunque muchas veces tienen razón en sus comentarios y puntadas, finalmente hacen pensar a quienes los escuchan, seducidos, que su concepción del mundo y de la vida es una mierda pero una mierda estruendosamente divertida.

Hipólito Solares sostenía que había que vivir como canta un pájaro, es decir a lo Renoir, y que el arte se podía encontrar en lo maligno, en la indignidad, en lo soez y en lo soberbio si uno era sensible y no se andaba con pequeñeces. Decía que hubiese querido ser Hemingway, a quien leía con devoción, pero que en Argentina no se podía por-





Director de la revista "Puro cuento", Mempo Giardinelli es autor de "La revolución en bicicleta" (1980); "El cielo con las manos" (1981); "Vidas ejemplares" (1982); "Por qué prohibieron el circo" (1983); "El género negro" (ensayo, 1985), "Luna caliente" (premio Nacional de novela en México, 1983) y "Qué solos se quedan los muertos" (1985), entre otras. "Franca" es parte de su nueva novela titulada "Santo oficio de la memoria", que será publicada en el próximo mes de abril por Edinorma, de Colombia.

Por Mempo Giardinelli



FRANCA

Por Mempo Giardinelli

Director de la revista "Puro cuento", Mempo Giardinelli es autor de "La revolución en bicicleta" (1980); "El cielo con las manos" (1981); "Vidas ejemplares" (1982); "Por qué prohibieron el circo" (1983); "El género negro" (ensayo, 1985), "Luna caliente" (premio Nacional de novela en México, 1983) y "Qué solos se quedan los muertos" (1985), entre otras. "Franca" es parte de su nueva novela titulada "Santo oficio de la memoria", que será publicada en el próximo mes de abril por Edinorma, de Colombia.

Todos decían que la tía Franca hacía honor a su nombre porque jamás se guardaba lo que pensaba. Y que si se llegaba a morder la lengua caía fulminada al instante, envenenada. Pero lo que no decían era que no necesariamente por chismosa, sino por sincera.

Claro que me acuerdo. De todo me acuerdo. Siempre supe que fui su tía preferida, la que él más quiso. Desde ya, fue el hijo que no tuve. Y ahora que regresa, yo me alegro. Me alegra cualquier decisión suya y lo apoyo porque siempre estoy del lado de la libertad de elegir. A veces, es verdad, hay que tener el corazón endurecido para tomar ciertas decisiones. Lo sé bien. Así que bienvenido. Vuelva o no, siempre será bienvenido en mi corazón.

Pero él siempre tuvo debilidad conmigo. Durante estos años nos encontramos varias veces, en Nueva York y en Ciudad de México, porque yo fui la única que lo visitó, además de Alberto, claro, que vivió un tiempito en México con Rudi. Bueno, Ricardo también pasó por ahí. Creo que fui una buena compañera para Pedro, una buena amiga. "Más que tía una amiga", decía. Aunque soy bastante mayor que él, siempre salíamos juntos, al cine o al teatro, y nos pasábamos largas horas tomando cafés en innumerables esquinas. Paramos en todos los boliches de Santa Fe, de Córdoba, de Corrientes, hasta la madrugada, y también anduvimos por Insurgentes, y por Reforma, y por la Séptima Avenida, Broadway y el Village. Pedro lo ha escrito: "Ninguna de mis tías ha sido tan espléndida, tan vital, tan agudamente irónica como vos". Me gusta, eso. Nada de falsa modestia. Soy una cincuentona todavía activa, amante del rock nacional, enamorada de Litto Nebbia y también abonada a las veladas del Mozarteum, institución que sobre todo me interesa porque siempre van viudos, divorciados o solterones de esos que a una le pueden alegrar el ojo, por lo menos. Fumo mucho, dos paquetes por día, y no pienso dejar de hacerlo porque no hay mejor régimen para adelgazar que fumar como una bestia.

A Pedro le fascinan mis ojos oscuros, enormes. Y esta boca gruesa, carnosa, y mi porte: un metro setenta y dos, siempre elegante y todavía apetecible. No es fanfarronería, no crea, es una comprobación cotidiana. Todavía me dicen piropos. Y a mí me agrada escucharlos. Del mismo modo que me complace la cortesía de Pedro, esa que aprendió en estos años mexicanos, esa suavidad en el trato, esa variedad de detalles para tratarme: siempre dar el paso en las puertas, correr la silla, encender mis cigarrillos, servirme azúcar en el café, en fin; y ese modo que tiene de decir siempre por favor y gracias, y de pedir permiso. Posiblemente también me halaga el saber que en él cuento con un auditorio ansioso, que nunca termina de satisfacerse y siempre pide más y más charla. Me he preguntado muchas veces qué le pasa a este chico que no es que sea un gran conversador pero sí un gran inquisidor, sobre todo desde que está en México. En sus cartas no hace otra cosa que preguntar y querer saber y saber, como si nosotros fuéramos los Medicis o los Borgias, una familia que valiera la pena reconstruir y no la que somos: una cantidad de mujeres y pocos hombres nada ilustres, todos signados por muertes trágicas, nunca esclarecidas, y por una vieja loca, admirable, pero loca, que no se cansa de jodernos la vida cada vez que puede y que sabe perfectamente con quién puede y con quién no.

Yo he vivido varios años en el Chaco, también. Como Rosa, aunque no con ella, claro está. Fui invitada por Enrico cuando Enrico hizo fortuna con algunos negocios y el Chaco era un territorio feroz, sí, pero también fascinante. A él le encanta que le hable de eso porque yo fui a Resistencia cuando ellos eran chicos y Pedro acababa de nacer y Magdalena se puso tan mal con su último embarazo. Qué bestias: tenía cuarenta y un años. A mí me pareció una barbaridad que volviera a preñarse, pero el inconsciente de Enrico estaba agrandado y la Nona también jodía y todos creían que si el último había sido un varón ahora capaz que hacían doblete. Qué animales, y para lo que salió. Fue una barbaridad, pero yo entonces era demasiado joven y ya tenía suficientes problemas con Enrico y toda la familia porque andaba de novia con Hipólito Solares, qué hombre, ése sí que fue el amor de mi vida. Yo por él me hubiese quedado en el Chaco para toda la eternidad.

En esa época lo pasábamos sensacional. Las amigas de tu madre, como le digo a Pedro, eran la mar de divertidas. Me acuerdo de Tusnelda Cassalunga, de Dálida Stavenhagen, de Orlanda Winter, de Ileana Dávalos y de Alcirita Núñez del Barco. Todas mayores que yo, ojo. Llegaban todas las tardes de visita porque Magda estaba siempre embarazada. De entrada nomás Orlanda proponía: "Ché, si vamos a criticar, agarremos a una familia grande", y se largaba contra los Zarandegui, los Parchensky, los Sánchez Bailey, todas esas familias de gente rica que hay en el Chaco, lo que se dice la crema. Por ejemplo Doña Elvira Zarandegui fue la que una semana antes te soñó varón, grande y sano, le cuento a Pedro, y corrió a avisarle a tu viejo y Enrico la abrazó, la hizo bailar una tarantela y le prometió el madrinazgo.

Era fantástica la Elvira: tenía una hija, la Pachocha, que a los catorce años quedó embarazada y nadie se dio cuenta. No es chiste: la mocosa empezó a engordar pero como le dijo por comer muchísimo, a ninguno se le ocurrió que fuera más que una gula adolescente. Y menos iban a pensar que la nena tenía hombre propio, porque afilaba con un flaquito esmirriado y con cara de ratón que era apenas siete meses mayor que ella. Pero transcurridos los nueve meses, una noche la chica no pudo más y llamó a Elvira a su dormitorio en medio de gritos y contracciones. Y pujando, pujando, parió una nena bellísima de dos kilos novecientos que fue llamada Elvirita y que dejó a Elvira horrorizada porque en pocos minutos encontró la explicación de la gula adolescente y además se encontró abuela y en vísperas de un escándalo social, de modo que esa misma noche llamó al Caraderratón y en dos minutos arregló el casamiento para la semana siguiente, bebita en brazos y con la bendición de los curas salesianos. Para algo eran poderosos. Y hasta se dio el lujo de hacerse la chistosa la noche de la fiesta diciendo que a lo hecho, pecho, y entonces nena dale la teta a la Elvirita.

A Pedro nunca lo fatiga escuchar estas historias. Y aunque a usted le parezcan invenciones, le juro que todo es verídico, que nada de lo aquí contado es invento. Que me caiga muerta, le digo dando golpecito sobre la mesa de los cafés, y viera cómo los dos nos largamos a reír a carcajadas. El tiene una risa cristalina, refrigerante. Y dice que la mía es "formalmente perfecta" porque muestro todos mis dientes, que son espléndidos. Lo cual es verdad: están muy bien cuidados porque para eso he sido mecánica dental casi toda mi vida y ningún dentista me cobra. Fumo como un chimpancé y sin embargo mire esta dentadura: no tengo ni un gramo de sarro. Y no sólo no me cobran sino que siempre me atienden especialmente bien.

Sí, soy muy coqueta, pero es que tengo con qué. Yo a mi vida la he vivido. Bien vivida. Y sé contarla, cosa que no es común en esta familia en la que todos escamotean y engañan. Por eso me sacan el cuero. Y por eso Pedro me distingue. Y yo lo distingo a él porque tiene el coraje de preguntar, de atreverse a saber. A mí no me asustan los recuerdos y si a él le sirven para lo que quiere establecer, sea lo que sea, pues adelante. Lo importante de una historia, para mí, es la evocación misma. Lacan dice que el lenguaje no es para informar sino para evocar. Cómo lo tome cada uno, es cosa de cada uno. Ninguna historia, ninguna literatura, oral o escrita, tiene por qué ser útil para algo. El arte no sirve para nada y sin embargo es bello y necesario. Por mucho que conozcamos lo que creemos conocer, después lo narraremos de manera diversa de como los hechos fueron. Y no me parece mal. El desconocimiento de lo conocido no tiene límites. La misma Elvira Zarandegui, que era bruta como un salamín, a punto de morir rodeada por hijos y nietos cruzó todos los límites: estaba en cama semitapada por una variedad de tubos y plasmas, un respirador artificial y sueros y catéteres hasta en el culo, y a su alrededor todos entraban y salían para besarla y despedirse, pero la única que no se movía en la silla junto al lecho era la Pachocha. Estuvo ahí dos días seguidos, digna, firme, sobria, triste pero sin llorar, haciendo fuerza por su madre. Hasta que de pronto Elvira abrió los ojos y le hizo una seña a Magdalena, que era su íntima amiga. Y le habló al oído, ronca, susurrante, alzando el mentón hacia la Pachocha: "Magdalena —dijo— ¿qué hace esa mujer que está ahí sentada hace tanto tiempo?" La Pachocha se retiró indignada, dando un portazo y diciendo ahora que se muera me importa un carajo. Y como Elvira se murió enseguida después a la Pachocha le agarró una culpa bárbara.

Pedro siempre me pide que le cuente estas cosas. Es como si necesitara verificar lo que le dicen los demás (mis hermanas, las de él, incluso su hermano que es un verdadero fanático) para así reconocer los fantasmas de la familia, los mitos, los muertos, todo lo que le sirve para esclarecer las cosas que sueña. Peripatéticos, siempre hemos tenido itinerarios propios, a gusto: la avenida Córdoba desde la Nueve de Julio hasta Canning o Serrano; Barrio Norte por Arenales entre Libertad y Callao; Caballito por la zona del Parque Lezica o la calle Yerbal, el café de La Recova, en Belgrano. Siempre deteniéndonos en bares, disfrutando las noches del verano, tomándonos un helado, una ginebra, un coñac, un cafecito, sentándonos en las plazas. Habrá que ver qué opina ahora de las nuevas plazas de puro cemento que han hecho los milicos en estos años. Cada plaza una fortuna nueva: la del milico que la mandó a hacer.

Seguro que volverá a pedirme narraciones, y sabrá disimular su ansiedad cuando yo le hable de Hipólito, el hombre más importante de mi vida —el único importante, corrijo— que fue por quien me quedé en el Chaco. Un tipo de enorme ingenio y seducción, de esos que sacrifican la honradez y la verdad por una ironía que lo hará parecer genial, brillante, por un segundo, y que a la vez son propietarios de una mordacidad y un sentido de la anarquía y de la improvisación tan profundos, tan arraigados, que aunque muchas veces tienen razón en sus comentarios y puntadas, finalmente hacen pensar a quienes los escuchan, seducidos, que su concepción del mundo y de la vida es una mierda pero una mierda estruendosamente divertida.

Hipólito Solares sostenía que había que vivir como canta un pájaro, es decir a lo Renoir, y que el arte se podía encontrar en lo maligno, en la indignidad, en lo soez y en lo soberbio si uno era sensible y no se andaba con pequeñeces. Decía que hubiese querido ser Hemingway, a quien leía con devoción, pero que en Argentina no se podía porque nuestros lectores son unos imbéciles, decía, aquí sobreabunda la clase de lector con el que Macedonio no podía reconciliarse y yo tampoco, yo también querría un lector que en todo momento supiese que está leyendo una novela y no presenciando una vida, no quiero, decía, un tipo que está procurando "saber" qué hay detrás, no quiero un investigador de mi historia personal, carajo, quiero lectores que crean la novela que les cuento y punto, y por eso no escribo. Era un hombre no bello pero fascinante, pícaro, juguetón y mal hablado —le cuento a Pedro, sentándome a fumar, por ejemplo, en el pasto sin rocío de la placita de la calle Jean Jaurés, o en la fuente de Córdoba y Cerrito—, un hombre sin trabajo conocido al que llamaban "España" porque en ese entonces llevaba más de veinte años de franco, qué canallas son en el Chaco para ponerle sobrenombres a la gente. Pero eso era una iniquidad, una injusticia porque si bien Hipólito no trabajaba exactamente, sí hacía negocios de compra y venta y un montón de otras cosas como la quiniela que dirigió durante años, o descubrimientos sensacionales —así los llamaba— como que los chanchos saben nadar, hallazgo de una noche por la zona de Clorinda cuando con dos amigos paraguayos iniciaron un contrabando de porcinos para financiar una revolución contra Stroessner: los ataban a todos por el cuello y desde una canoa jalaban al cerdo que iba adelante, el que a su vez tiraba al siguiente, y éste a otro y así decenas, centenares de chanchos cruzaban el río Pilcomayo para ser recibidos del otro lado por los amigos revolucionarios que los subían a un camión para llevarlos a los mataderos de Asunción, donde valían tres veces lo que del lado argentino. Con eso financiaron una sublevación cuando vos eras chico, le cuento a Pedro, allá por el 58.

Hipólito quería ser diputado radical. Decía que el nombre lo ayudaba, pero no su falta de vocación. Lo único que le interesaba era vivir intensamente, amar con desesperación y con una generosidad como jamás le vi a otro hombre, y eso que he conocido a muchos. No era un virtuoso y sí un sujeto lleno de pecados y autor de pequeños delitos, inclusive, que se descubrían por casualidad. Porque yo creo que ni maldad real tenía, sólo una incorregible irresponsabilidad como la de engendrar tantos hijos: seis como local y cuatro de visitante, decía, pues había mantenido dos hogares, uno legítimo y uno espurio. Eso fue tiempo antes de que yo lo conociera y cuando él decía de sí mismo que era ordinario como diente de madera, conmigo olvidate de sofisticaciones, a mí lo que más me jode son los chismes de pueblo. Un día se le armó una gorda porque fue a la mueblería de Andy Kohen a encargar un juego de dormitorio y se olvidó de precisar a dónde quería que lo enviasen, y como simplemente había dicho mi señora te paga, al día siguiente llegó un camión con los muebles a la casa de la señora de Solares que no era. Naturalmente esa esposa desconoció el envío pero se dio cuenta de que los muebles eran para la del estadio visitante, y armó un escándalo tal que Hipólito acabó por irse de esa casa, no sin antes regresar a la mueblería, mandar al ruso a la mierda y decirle ahora te jodés porque no te pago nada. Cosa que por supuesto cumplió.

Ese fue el hombre que amé, le digo a Pedro la última noche del último verano en que nos encontramos, en Nueva York, yo sumida en una tristeza muy pronunciada como cada vez que aparecía —y siempre aparecía, por entonces— el nombre de Hipólito Solares. Fue un hombre maravilloso que me mandaba orquídeas por avión desde el Paraguay, que me llamaba por teléfono de donde estuviera haciendo sus negocios —Salta, Tucumán, Formosa, Rosario— para decirme que me amaba, que había sido un canalla pero jamás conmigo, me acerco a los cincuenta y no he conocido nada como vos, gritaba en los teléfonos, te amo con locura porque estar adentro tuyo es leerse completita la Enclopedia Británica, es pintar la Capilla Sixtina, es recuperar la virginidad cada vez para perderla en tus brazos, y se reía a carcajadas y andá a esperarme, me pedía, y yo iba al aeropuerto, a la estación del ferrocarril, a la terminal de ómnibus, incluso al puerto una vez que me anunció que vendría de Formosa en canoa a favor de la corriente para que todos supieran que me amaba y yo lo esperé en Barranqueras y lo vi venir en un velerito con las velas arriadas y un cartel que decía "Franca, te amo y te amaré toda la vida y toda la eternidad también" y Dios mío, Pedro, qué hombre, ustedes son insoportables en general y controlados y miedosos y débiles pero te juro que cuando sale uno como Hipólito tu raza se redime, mirá, me pone la piel de gallina recordar cómo me quiso, cómo me poseyó, con qué arte, qué virtuosismo, qué profundidad de sentimientos y qué ternura y qué violencia, todo eso que necesitamos las mujeres; e incluso cuando se enfermó del corazón, una noche que me duele recordar porque fue justo en ese momento, cuando eyaculaba dentro mío como una catarata y se largaba a gritar, a llorar y aullaba como esos gatitos que buscan a la mamá, huérfanos y hambrientos, fue justo entonces cuando le vino el ataque y gritó me muero mi amor me muero y yo creí que sólo gozaba muchísimo hasta que se quedó tieso y me di cuenta que algo raro estaba pasando y le dije Hipólito, ché Hipólito no jodás que fue muy hermoso, pero él no me contestó y bueno, por suerte vivía un médico en el departamento de arriba que vino enseguida y lo reanimó, pero Hipólito quedó mal y tuvieron que atenderlo en Buenos Aires de donde volvió un mes después con un marcapasos y diciéndome ahora lo vamos a hacer contra reloj y con la más moderna tecnología, y hacía chistes como dame cuerda amor mío, o te llevo en mi marcapasos, era tan divino, nunca perdió el humor, se carcajeaba todo el tiempo, tanta alegría de vivir nunca se la he visto a nadie, decía ché carajo no me hagás reír a ver si se me zafa un cable, quién iba a decir Pedro —le cuento a Pedro— que ese hombre incomparable cometiera un único error, un pequeño, pequeñísimo único error aquella tórrida noche de diciembre del 76 en que se cruzó con un teniente coronel en la vereda de La Biela y lo increpó por lo de Margarita Belén, donde habían asesinado a una veintena de chicos aplicándoles la ley de fuga y aunque varios quisieron sujetarlo, detenerlo, callate Hipólito, no te metás, cuidá esa boca, él dijo que por qué mierda no iba a zamparles a los milicos que eran unos hijos de puta si uno de los chicos de Margarita Belén era su hijo, y el teniente coronel lo miró con un odio profundo y silencioso, y ésa fue la última noche que nadie vio a Hipólito porque al amanecer se lo llevaron y desde entonces yo soy, como me dijo la bruja de Micaela después, la única viuda del mundo que nunca se casó.



qué nuestros lectores son unos imbéciles, decía, aquí sobreabunda la clase de lector con el que Macedonio no podía reconciliarse y yo tampoco, yo también querría un lector que en todo momento supiese que está leyendo una novela y no presenciando una vida, no quiero, decía, un tipo que está procurando "saber" qué hay detrás, no quiero un investigador de mi historia personal, carajo, quiero lectores que crean la novela que les cuento y punto, y por eso no escribo. Era un hombre no bello pero fascinante, pícaro, juguetón y mal hablado —le cuento a Pedro, sentándome a fumar, por ejemplo, en el pasto sin rocío de la placita de la calle Jean Jaurés, o en la fuente de Córdoba y Cerrito—, un hombre sin trabajo conocido al que llamaban "España" porque en ese entonces llevaba más de veinte años de franco, qué canallas son en el Chaco para ponerle sobrenombres a la gente. Pero eso era una iniquidad, una injusticia porque si bien Hipólito no trabajaba exactamente, sí hacía negocios de compra y venta y un montón de otras cosas como la quiniela que dirigió durante años, o descubrimientos sensacionales —así los llamaba— como que los chanchos saben nadar, hallazgo de una noche por la zona de Clorinda cuando con dos amigos paraguayos iniciaron un contrabando de porcinos para financiar una revolución contra Stroessner: los ataban a todos por el cuello y desde una canoa jalaban al cerdo que iba adelante, el que a su vez tiraba al siguiente, y éste a otro y así decenas, centenares de chanchos cruzaban el río Pilcomayo para ser recibidos del otro lado por los amigos revolucionarios que los subían a un camión para llevarlos a los mataderos de Asunción, donde valían tres veces lo que del lado argentino. Con eso financiaron una sublevación cuando vos eras chico, le cuento a Pedro, allá por el 58.

Hipólito quería ser diputado radical. Decía que el nombre lo ayudaba, pero no su falta de vocación. Lo único que le interesaba era vivir intensamente, amar con desesperación y con una generosidad como jamás le vi a otro hombre, y eso que he conocido a muchos. No era un virtuoso y sí un sujeto lleno de pecados y autor de pequeños delitos, inclusive, que se descubrían por casualidad. Porque yo creo que ni maldad real tenía, sólo una incorregible irresponsabilidad como la de engendrar tantos hijos: seis como local y cuatro de visitante, decía, pues había mantenido dos hogares, uno legítimo y uno espurio. Eso fue tiempo antes de que yo lo conociera y cuando él decía de sí mismo que era ordinario como diente de madera, conmigo olvidate de sofisticaciones, a mí lo que más me jode son los chismes de pueblo. Un día se le armó una gorda porque fue a la mueblería de Andy Kohen a encargar un juego de dormitorio y se olvidó de precisar a dónde quería que lo enviasen, y como simplemente había dicho mi señora te paga, al día siguiente llegó un camión con los muebles a la casa de la señora de Solares que no era. Naturalmente esa esposa desconoció el envío pero se dio cuenta de que los muebles eran para la del estadio visitante, y armó un escándalo tal que Hipólito acabó por irse de esa casa, no sin antes regresar a la mueblería, mandar al ruso a la mierda y decirle ahora te jodés porque no te pago nada. Cosa que por supuesto cumplió.

Ese fue el hombre que amé, le digo a Pedro la última noche del último verano en que nos encontramos, en Nueva York, yo sumida en una tristeza muy pronunciada como cada vez que aparecía —y siempre aparecía, por entonces— el nombre de Hipólito Solares. Fue un hombre maravilloso que me mandaba orquídeas por avión desde el Paraguay, que me llamaba por teléfono de donde estuviera haciendo sus negocios —Salta, Tucumán, Formosa, Rosario— para decirme que me amaba, que había sido un canalla pero jamás conmigo, me acerco a los cincuenta y no he conocido nada como vos, gritaba en los teléfonos, te amo con locura porque estar adentro tuyo es leerse completita la Enciclopedia Británica, es pintar la Capilla Sixtina, es recuperar la virginidad cada vez para perderla en tus brazos, y se reía a carcajadas y andá a esperarme, me pedía, y yo iba al aeropuerto, a la estación del ferrocarril, a la terminal de ómnibus, incluso al puerto una vez que me anunció que vendría de Formosa en canoa a favor de la corriente para que todos supieran que me amaba y yo lo esperé en Barranqueras y lo vi venir en un velerito con las velas arriadas y un cartel que decía "Franca, te amo y te amaré toda la vida y toda la eternidad también" y Dios mío, Pedro, qué hombre, ustedes son insoportables en general y controlados y miedosos y débiles pero te juro que cuando sale uno como Hipólito tu raza se redime, mirá, me pone la piel de gallina recordar cómo me quiso, cómo me poseyó, con qué arte, qué virtuosismo, qué profundidad de sentimientos y qué ternura y qué violencia, todo eso que necesitamos las mujeres; e incluso cuando se enfermó del corazón, una noche que me duele recordar porque fue justo en ese momento, cuando eyaculaba dentro mío como una catarata y se largaba a gritar, a llorar y aullaba como esos gatitos que buscan a la mamá, huérfanos y hambrientos, fue justo entonces cuando le vino el ataque y gritó me muero mi amor me muero y yo creí que sólo gozaba muchísimo hasta que se quedó tieso y me di cuenta que algo raro estaba pasando y le dije Hipólito, ché Hipólito no jodás que fue muy hermoso, pero él no me contestó y bueno, por suerte vivía un médico en el departamento de arriba que vino enseguida y lo reanimó, pero Hipólito quedó mal y tuvieron que atenderlo en Buenos Aires de donde volvió un mes después con un marcapasos y diciéndome ahora lo vamos a hacer contra reloj y con la más moderna tecnología, y hacía chistes como dame cuerda amor mío, o te llevo en mi marcapasos, era tan divino, nunca perdió el humor, se carcajeaba todo el tiempo, tanta alegría de vivir nunca se la he visto a nadie, decía ché carajo no me hagás reír a ver si se me zafa un cable, quién iba a decir Pedro —le cuento a Pedro— que ese hombre incomparable cometiera un único error, un pequeño, pequeñísimo único error aquella tórrida noche de diciembre del 76 en que se cruzó con un teniente coronel en la vereda de La Biela y lo increpó por lo de Margarita Belén, donde habían asesinado a una veintena de chicos aplicándoles la ley de fuga y aunque varios quisieron sujetarlo, detenerlo, callate Hipólito, no te metás, cuidá esa boca, él dijo que por qué mierda no iba a zamparles a los milicos que eran unos hijos de puta si uno de los chicos de Margarita Belén era su hijo, y el teniente coronel lo miró con un odio profundo y silencioso, y ésa fue la última noche que nadie vio a Hipólito porque al amanecer se lo llevaron y desde entonces yo soy, como me dijo la bruja de Micaela después, la única viuda del mundo que nunca se casó.



VERANO BONAERENSE

Mar del Plata

VILLA VICTORIA OCAMPO. Matheu 1851.
• **Cine en el parque**, todos los martes y miércoles de febrero, a las 22.30 hs. Organiza Fundación Cultura Cine Arte Mar del Plata con el auspicio de **Página/12.** Pantalla gigante.
EXPOSICION DE AUTOS Y MOTOS ANTIGUAS, hasta el 17 de febrero de 16 a 20 hs. Con la colaboración del Club de Autos de Colección y Motos Antiguas de Mar del Plata. Lamadrid 3870.
CICLO DE VERANO EN LAS PLAYAS. Juegos recreativos y espectáculos. Rotativamente en La Perla, Playa Grande y Constitución. Viernes, sábados y domingos a partir de las 15 hs.
CICLO MUSICAL. Todos los viernes a las 22 hs. con la participación de artistas de renombre nacional.
LA ULTIMA NOCHE QUE PASE CONTIGO. Sábados, domingos y lunes a las 23 hs. Música caribeña de las décadas del '40 y '50.
ARCHIVO MUSEO HISTORICO MUNICIPAL. Villa Ing. Emilio Mitre. Lamadrid 3870.
• Muestra permanente **Momentos Históricos**, se desarrolla en las salas de P.B. de la Villa.
• **El ayer y el hoy Marplatense.** Con imágenes comparativas de la transformación urbana arquitectónica
MUSEO MUNICIPAL DE CIENCIAS NATURALES LORENZO SCAGLIA. Av. Libertador 3099.
• **El Museo en acción.** Diariamente de 10 a 12 y de 17 a 22 hs.
• Muestra de las principales actividades marítimas que tienen asiento en Mar del Plata.

TEATROS

ALBERDI. J.B. Alberdi 2453.
De martes a domingos a las 22 hs.: Lorenzo y Carlos Spadone presentan a **Hugo Varela** en **De Pe a Pa** y el éxito continúa.
ATLAS. Luro y Corrientes.
De martes a domingos 21.30 y 23.15 hs. Thelma Biral, Susana Campos, Nora Cárpena, Moria Casán, Graciela Dufau en **Brujas**, de Santiago Moncada. Dir.: Luis Agustoni.
BIBLIOTECA. Catamarca y 25 de Mayo.
• Sala A: **Crimen en la mansión encantada**, espectáculo reidero para toda la familia. Con Elisa Marval y José María Guimet. Jueves a domingos a las 22.15 hs. Todos los martes (excepto 22) Luis Caro en **Murga de los crotos.**
• Sala B: Jueves a domingos a las 22.15 hs.: **Pasado pisado.** Humor para olvidadizos de Marcelo Marán con Patricia Canale, Cecilia Martin, Jorge Frontera. Dir.: Enrique Baigol.
C.C.L.T. Colón 2052.
Lo mejor del Teatro Independiente. A las 22.30 hs., lunes y martes, J. M. Rapacciolli presenta: **Prévert, más que palabras.** Miércoles y jueves, Sergio Paris y J. Rivera Wollands en: **Humorbozo**, para reírse hasta la muerte. Viernes, sábados y domingos, Grupo Los Trascendentales presenta: **Merde, el último comediante.**
CENTRO MEDICO. San Luis 1974.
A las 22.30 hs. Lunes, miércoles, viernes y domingos. Estreno absoluto de: **Proceso de familia**, de Diego Fabbri. Una obra que no puede dejar de ver. Dir.: Francisco Rinaldi. Martes, jueves y sábados: **La ratonera**, de A. Christie en sus 11 años.
CORRIENTES 1. Corrientes 1766.
Diariamente 22.30 hs. Fernando Lúpiz, César Pierry, Judith Gabbani, Pablo Codevila, Liliana Bernard, Adriana Basualdo y Lucrecia Capello en: **Mentiro...S.O.S.** Dir.: Claudio García Satur.
CORRIENTES 2. Corrientes 1766.
Diariamente 22 hs.: Betiana Blum, Arturo Bonín en: **Love Letters** (Cartas de amor), de A. R. Gurney, versión Fernando Masllorens y Federico González del Pino. Dir.: Oscar Barney Finn.
DE LAS ESTRELLAS. Colón y la Costa.
De miércoles a lunes 22.30 hs. Sábados 21.30 y 23 hs. Gustavo Rozas presenta a Roberto Antier, Cecilia Etchegaray, José M. Monje, Ricardo Sbaraglia, Adrián Suar y Diego Torres en: **Pájaros in the nait**, de Korovsky-Hermida. Dir. gral.: Ricardo Darín.
ENCUENTROS. San Luis 2069.
Presenta Compañía de Teatro Colonial de Bs. As. en: **De cómo reírse en serio.** Con Ivana Molinari y Adrián Di Stéfano (Dir. Gral.) Miércoles y sábados a las 22 hs. Apta para todo público.
FEELING... OF THE NIGTH. Santiago del Estero 2265.
Todos los días a las 22.30 hs.: El show más espectacular para la mujer. Ahora el éxito de Bs. As. está en Mar del Plata: **Hombres sensuales en un verano caliente**, con la conducción de Sergio Devitte y la coreografía de Darío Martínez.
INDEPENDENCIA. Independencia 1462.
Presenta Compañía del Teatro Colonial de Bs. As. en: **Zarzuelas** (3ª temporada con nuevo programa). Auspicia embajada de España. Fragmentos de **La verbena de la paloma, La gran vía**, etc. Gran elenco. Dir. musical: F. Galvé. Diariamente a las 21.30 y 23.15 hs.

LIDO. Santa Fe 1751.
De martes a domingos a las 22 hs. Lorenzo y Carlos Spadone presentan: **Extraña pareja** (versión femenina), de Neil Simon, con Soledad Silveyra, Ana María Picchio, Perla Caron, Graciela Pal, Rita Cortese, Julian Howard y Roberto Catarineu.
NEPTUNO. Santa Fe 1751.
De martes a domingos a las 21.30 y 23.45 hs.: **Midachi** presenta su nuevo espectáculo: **Volumen III.** Para todo público. Lunes a las 22.30 hs.: **Luis Aguilé**, con su espectáculo **Música feliz.**
NOTARIADO. Colón e Independencia.
Alba Castellanos en: **El poeta y la Luna**, con Mayte Caparrós y Osvaldo Albornoz. Martes y jueves: 22.30. De viernes a lunes a las 22.30 hs.: **Mugres tempestuosas**, de la Fábrica Marplatense de Comedias
ODEON. Entre Ríos 1828.
"Divertidísima". Mercedes Carreras, Beatriz Taibo, Mario Sapag en: **La cigüeña dijo sí**, con Victoria Carreras, Gabriel Lenn y la actuación estelar de Francisco Llanos. Autor Carlos Llopis. Dir.: Enrique Carreras. Miércoles, jueves y viernes a las 22 hs. Martes, sábados y domingos a las 21 y 23 hs. Apto para todo público.
PLAZA. Rivadavia 2332.
De martes a domingos a las 23 hs. Lunes a las 22.30 hs. Unico espectáculo internacional: **Pavlovsky**, con Angel Pavlovsky.
PROVINCIAL. B. Marítimo 2300.
E.Estevánez presenta a Carlos Calvo, Enzo Viena, Cris Morena, Pablo Rago, Mabel Landó, O. Echegoyen en: **Mi familia**, de Neil Simon. Dir. gral.: Carlos Olivieri. De martes a domingos a las 21.30 y 23.30 hs.
RE FA SI 1. Luro 2332.
De martes a domingos a las 22 hs. Grupo La Banana Loca, presenta el show cómico musical: **Humor... con humor se paga.** Apto todo público. Lunes a las 22 hs. Grupo Los Fiambres presenta: **Fiambres en las góndolas.** Musical con espinas. Apto todo público.
Viernes sábados y domingos a las 0.15 h. Miguel Angel Vaccaro presenta a Daniel Aráoz y el Turco Salomón en: **Dos ladrones en contramano.**
REGINA. San Martín 2426.
De martes a domingos 21.30 y 23.30 hs.: Darío Vittori, Beatriz Salomón y elenco en: **Noche de gatos.**
SANTA FE. Santa Fe 1854.
Claudio García Satur y Patricia Palmer en: **De mil amores**, con Alfredo Zemma. Apto todo público. Martes, miércoles, jueves y domingos a las 22 hs. Viernes y sábados a las 22 y 23.30
TEATRO MARPLATENSE LA GRANA. Av. Colón y Guido.
Presenta: **Una libra de carne**, de Agustín Cuzzani. Dir.: Roque Basualdo. Elenco: Hugo Cogan, Claudio Acuña, Víctor Iturralde, Juan José Luques, Jorge García, Jorge Ramírez Jar, Mario González y Claudio Basualdo. Viernes a domingos 22 hs.
TRONADOR. Santiago del Estero 1746.
Presenta: **Rumores**, de Neil Simon, con M. Busnelli, J. Leyrado, M. Valenzuela, R. Darín, J. L. Mazza, R. Randón, A. Maly, A. Salgueiro, R. Flore, A. Majluf. Dir.: Ricardo Darín. Martes a domingos a las 22 hs. Sábados: 21.30 y 23.30 hs.

VARIEDADES

BAILABLE SOCIAL RIVADAVIA. Entre Ríos 1864.
Discoteca exclusiva para mayores de 25 años. Venga a bailar con todo ritmo de la noche. Tango, jazz, tropical. "Carnaval Carioca". Abierto todos los días desde las 22 hs.

CIRCOS

ESTRELLAS DE MOSCU. Super Domo. J. B. Justo y Edison.
Artistas egresados del Instituto de Arte Circense de Moscú, diariamente a las 22 hs. Sábados 20 y 22 hs. Días lluv. 16 hs.
RODAS. Puerto.
Diariamente funciones a las 20 y 22.30. Días nublados a las 16 hs.
ORLANDO TERRY. J. B. Justo 300.
Diariamente funciones a las 20 y 22.30 hs. Días nublados a las 17 hs.

Necochea

TEATROS

DE LA ESQUINA. Av. 73.
Show Mágico: Jorge Guillermoni. Martes a domingos a las 23 hs.
DE LA PEATONAL. Calle 83 e/2 y 4
Anclado en Madrid, de Roberto Ibáñez, con R. Carnaghi y H. Grosso. Dir.: V. Cosse. Martes a domingos 23 hs.
PLAZA. Calle 85 y Bis.
Modelos de madres para recortar y armar. Por Grupo Candilejas. Jueves a domingos a las 22.30 hs.
Inodoro Pereyra "El Renegau", por el Grupo de Acción de Rosario. Jueves a domingos 24 hs.
TEATRO MUNICIPAL. Calle 54 N° 3076.
Presenta el unipersonal de **Danilo Devizia.** Viernes a domingos 22 hs.

Villa Gesell

MUSIC HALL

POUR L'ETE. Avenida 3 y Paseo 124.
Café Concert. Todas las noches show musical con distintas figuras. **Willy Toledo, Bocha Retegui, Walter Acosta.**
POLIDEPORTIVO MUNICIPAL. Paseo 110 e/Boulevard y Av. 10
Portal, rey de los monos. Una propuesta de Raúl Portal para todos los pequeños. Todos los días de 18 a 24 hs. Días lluviosos de 16 a 24 hs.
CASA DE LA CULTURA. Avenida N° 3 entre Paseos 108 y 109.
Lunes y martes a las 23 hs.: **La señora Klein.** Con Mabel Manzotti. Miércoles y sábados: **Inodoro Pereyra**, Rudy Chernicoff.
Jueves Comedia Municipal de Villa Gesell con **Balada para un asesino.** Viernes y domingos **Reunión cumbre**, con Jorge Butron.